

# SOBRE RAZAS Y CONTINENTES<sup>1</sup>

ROBERTO ACEITUNO MORALES<sup>2</sup>

¿Qué puede decir un psicoanalista sobre el racismo en Chile? Poca cosa, tratándose de una problemática que es de naturaleza (valga la expresión paradójica) social, cultural y política. Sin embargo, como espero justificar más adelante, si reflexionamos sobre el racismo en clave de lo que hoy en día llamamos la condición neoliberal, las dimensiones subjetivas de ésta y otras problemáticas contemporáneas resultan ineludibles.

Cuando digo “subjetividad” no me refiero solamente a un conjunto de representaciones, conscientes o no, a partir de las cuales los individuos declinan sus identidades, su relación a los otros, sus discursos y sus prácticas, sino más bien a una relación indisociable entre un ámbito histórico y social situado (en este caso, la sociedad y la cultura chilenas), y los procesos por los cuales los sujetos quedan, literalmente, *sujetos* a tales condiciones, que son tanto internas como externas a su singularidad y a su experiencia.

Dicho de otro modo, las condiciones que hoy llamamos *neoliberales* inducen formas subjetivas de pensar —o de no pensar, que es muchas veces el caso— nuestras diferencias, nuestros deseos,

nuestras demandas y nuestras evidentes violencias cotidianas. Y lo hacen, entre otros aspectos, a través de un *malestar* que es tanto una vía de tramitación conflictiva de la relación al otro, ese próximo y ajeno que Freud entendió a la base de nuestras evidentes exclusiones subjetivas y culturales, como también, más críticamente, la expresión a la vez individual y colectiva de un exceso, diríamos pulsional, que no alcanza a ser tramitado por un *nomos* relativamente compartido. Tal exceso encuentra en la violencia, en el abuso, una vía ya no de tramitación y de elaboración, sino un modo por el cual la vida misma se asoma en su riesgo de desaparición y de negación del otro en tanto sujeto.

En esta perspectiva, hablar sobre el racismo en Chile nos conduce a veces a declarar un conjunto de verdades que, por muy evidentes que parezcan, nos obligan a mantenernos en una especie de circuito cerrado donde la denuncia no nos permite avanzar mucho más. Probablemente se trata de una posición crítica que es necesaria para, al menos, volver visibles, en tanto que enunciables, esas verdades sujetas a lo que he llamado en otra parte una cláusula denegatoria, un juicio de inexistencia. El racismo, el fascismo, el machismo, agréguese los *ismos* que se quieran, comparten este rasgo, esta dinámica en común: *de tanto saberlos no los podemos pensar más*. De ahí su eficacia profiláctica: desde entonces, ya no podemos pensar más.

Nos encontramos entonces con la siguiente trampa: para intentar ver la realidad de frente, nos

---

1 Comunicación presentada en el seminario *Racismo en Chile. La piel como marca de la inmigración*, celebrado el 15 y 16 de abril del 2015 en la Universidad de Chile, Santiago, Chile.

2 Psicólogo, Psicoanalista, Doctor en Psicopatología y Psicoanálisis, Universidad de París VII Denis Diderot, Francia. Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

mantenemos en una lógica, en un modo de pensar, donde las mismas dicotomías y oposiciones que denunciamos ideológicamente terminan por parasitar nuestras intenciones transformadoras. La crítica anti-racista se declina mediante categorías que tienden a configurar un “ellos” y un “nosotros”, cuando esas categorías ya son parte de un habla violenta y denegatoria. No sólo la violencia hacia el otro, sino la violencia hacia el otro que es parte de nosotros mismos. Podría decirse que un *imaginario real*, si me permiten la expresión, establece en nuestras condiciones actuales mucho más un *espacio* que imágenes o representaciones, define un cuadro en el cual nos encontramos a veces atrapados al intentar ver o hacer ver más. Este espacio es un territorio. Y también contiene una memoria negada.

En un mínimo intento por avanzar por otro camino, quisiera situar estas breves reflexiones en un orden de pensamiento algo distinto. Me interesa entender el racismo como una expresión, entre otras, de la violencia que el *fascismo* –otra expresión que lo dice todo a costa de no poder decir mucho más– instala en nuestros corazones, en nuestras mentalidades, en nuestro modo de relacionarnos unos a otros, en el oscuro, pero evidente abuso que ejercemos para definir nuestras identidades, en la guerra sorda y cruel de la negación de nuestras diferencias, partiendo por las diferencias en nosotros mismos. El fascismo, como su traducción tecnificada en la expresión “neoliberalismo”, está más cerca de lo que pensamos porque se nutre de nuestra propia angustia y de nuestro miedo. Una economía psíquica del fascismo contemporáneo podría reconocer esta expresión paradigmática: el miedo y la angustia son tanto más elocuentes que el malestar, la tristeza o incluso la indignación, para designar nuestra experiencia como sujetos sociales.

Miedo a la noche, a esa oscuridad que admite, sin embargo, tantas verdades silenciadas por el blanco día de una seguridad anonadada. Los estados de sitio de una dictadura cruel –valga la redundancia– instalaron en nuestras mentalidades, en nuestro imaginario que busca seguridad ante todo, una oposición –días y noches– que han terminado por inyectar en nuestros espíritus el temor a un desorden vespertino que todavía no podemos

expulsar de nuestros sueños de horror y de guerra.

Se podría decir –pero me arrepiento un poco al decirlo– que el racismo es metáfora, la traducción, diría cromática, de nuestra violencia cotidiana, de nuestras maneras de vivir el totalitarismo *soft* de la vida de los hombres, los hombres infames que gestionan la empresa enorme del neoliberalismo, que de nuevo tiene poco, y de libertario, menos aún.

Hubo racismo en Chile antes que la raza apareciera como un significante. Hubo racismo antes que el otro inmigrante nos devolviera en el espejo de nuestras aparentes identidades, la verdad de nuestra propia oscuridad. Su versión contemporánea, aquí y ahora, requiere examinarse a partir de otras coordenadas. Entre ellas, el cortocircuito incestuoso que reniega de la sexualidad y sus deseos para volverse economía de un goce, es decir, de un usufructo que no admite traducción ni metáfora, porque ahí está, aparentemente, dicho todo.

El racismo, lo sabemos históricamente, es la declinación biologizante de una empresa que es mucho menos científica que política. Su extremo queda señalado por el exterminio. No debemos olvidarlo: el racismo no es sino la versión biologizada de una empresa de desaparición. Su signo y su horizonte es la desaparición. No del otro, sino del sujeto mismo.

Desaparición de qué. De quiénes. No tanto, o no solamente, de *contenidos* –la diferencia que el otro nos presenta para hacernos pensar en nuestra identidad, ilusoriamente pura– sino la desaparición de *continentes*. Un continente *negro* decía Freud, refiriéndose a lo que él, representante ilustrado del machismo que nunca formuló como problema –inquietado por la sexualidad y su polimorfa disposición– entendía como el enigma de lo femenino, “continente negro” que es más objeto de supresión que de una represión de cara a la cultura.

En la noche del miedo contemporáneo, todas las diferencias son negras.

Leer en esta clave el racismo en Chile nos obliga a *inscribir* y a *escribir*, más que a *representar*, una violencia sorda que se vuelve tanto o más trau-

mática o traumatizante en la medida que aquello que se encuentra, digamos, en tela de juicio, es la existencia misma de una subjetividad animada por un deseo siempre múltiple. De ahí la trampa a la que hacía referencia antes: mientras más intentamos ofrecer nuevas representaciones del abuso o de la violencia, el espacio que las contiene sigue fijando una maquinaria repetitiva alimentada por las muertes innominadas.

¿Qué otras estrategias, qué otros *dispositivos*, como se dice, pueden ponerse en marcha para que las cosas, éstas de las que hablamos sin poder pensarlas del todo, adquieran la elocuencia de una inscripción que no se realiza, porque el continente se encuentra amenazado? Tal vez dibujar la geografía histórica de las calles silenciadas, de las erradicaciones, de los higiénicos espacios urbanos de nuestras ciudades, como se dice, segregadas. Recorrerlas, como aquellos derroteros que en otra parte he intentado ilustrar con las nomadías ancestrales de la locura y de los sueños. No me refiero a los sueños entendidos como anhelos, sino a espacios donde lo negado por la transparente vigilia de nuestros derroteros zombis encuentra la nocturna claridad de lo impensado.

Hay que recordar que el racismo contiene toda una genealogía: aquella que liga históricamente la violencia colonial de la Europa decimonónica –tiempo de la patología identitaria– a los procesos así llamados modernizadores en su traducción americana y mestiza. Al escuchar la palabra modernización, tiembla el piso de nuestras modernidades. Al escuchar la palabra identidad, resuenan los ecos del terror y el poder frente a la diferencia y, por lo tanto, al conflicto.

Así, cuando las élites ilustradas de principios del siglo XX viajaban a Europa para asimilar los saberes contruidos a sangre y fuego de sus matanzas, no sabían, no podían saber, cuanto de esa transmisión viajaría en el tiempo de nuevas dictaduras del hombre. Así, entre la empresa modernizadora del higienismo de principios del siglo XX –heredero, en parte, del matrimonio bien avenido entre ciencia e ideología purificadora– y las actuales formas de la violencia racial, todo un camino poblado de estereo-

tipos y prácticas conservadoras no ha hecho más que declinar, de diversos modos, en lo que hoy se nos presenta como una realidad aparentemente nueva.

¿Qué se puede oponer, aquí y ahora, a este riesgo permanente de desaparición, que involucra más a continentes que a contenidos? ¿Pensamiento, contracultura, práctica política que es signo de un riesgo mejor? Todas esas cosas. A condición de reconocer que la violencia, sorda o explícita, ejercida contra el extranjero y su piel, es también la violencia que estamos ejerciendo contra otros contenidos: sujetos y sujetas, contenidos y contenidas en su movimiento de vida y de cultura.

Hay que ver en el racismo chileno –materia que implicaría un libro entero, partiendo por la instalación misma de la raza chilena como emblema de una purificación residual– el título de una empresa que tiene múltiples agentes y diversos destinatarios.

Somos racistas desde mucho antes que la raza se volviera objeto de denigración y de rechazo. El negro, la negra, el indio, la india, estaban mucho más presentes en nuestra historia antes que los viajes de la élite aparentemente ilustrada del siglo diecinueve, los volvieran otras cosas: el negro-roto-puta-cadáver que las ciudades albergaban con sus colores de tierra, de carne y de palabra. La negritud, si puedo utilizar esta expresión, era ya carne destinada al deshecho y materia de un discurso higienizante cuando los políticos de principios del siglo XX querían salvar, con su lengua científica y racional, los desvíos de una cultura en su proyecto modernizador.

Es cierto: hoy día nos encontramos con nuevas violencias y otras encrucijadas. La llamada globalización –otra expresión infame– nos acostumbró a ver en el desprecio al otro el signo de un tiempo aparentemente nuevo. El precio a pagar por una modernidad que hacía agua frente a las promesas de una vida *post*. Salvaguardar lo propio rechazando lo que no es nunca nuestro, del todo. Pero lo *nuevo* y lo *post* no son más que los signos de una denegación flagrante e impensada: repetimos lo *mismo* para volverlo más cruel aún. Es cierto, las fronteras son otras. Pero por mucho que las abramos, no hacemos más que clausurar sus posibles libertades y sus admisibles esperanzas de una vida mejor.

No vivimos una época *post*. Más bien una época ultra, híper y siempre “pre”.

Así que, si se trata de racismo, partamos por reconocer que no expresa solamente el miedo a lo otro, extranjero y nómada. Expresa un movimiento en cortocircuito donde la economía incestuosa de nuestras subjetividades nos vuelve la expresión inmunitaria de un terror a lo que podríamos ser si la palabra libertad no hubiera sido secuestrada por el comercio de los gestores, del llamado emprendimiento y del consumo.

En este racismo ensimismado, valga el pleonismo, el *objeto* racial es el *sujeto* mismo en su mismidad clausurada por el temor a la vida. Y a una sexualidad siempre impensada, porque solo se resuelve con el valor múltiple de cuerpos enamorados y del valor, en todos los sentidos del término, del pensamiento como movimiento y recorrido.

Casi evito dar ejemplos.

Decir, por ejemplo, que cuando una oscura –y blanca– Fundación reclama una prueba objetiva de la raza chilena –indigeneidad mediante– para administrar los beneficios de un Estado que subsidia las inequidades que él mismo produjo históricamente, no hace más que traducir una pasión familiar: algo debe distinguirnos a unos y otros para que la familia –como se dice: la familia militar, otra expresión terrible– permanezca a salvo de su contaminación exogámica. Irritante ignorancia: la familia y la raza se construyen como salvaguardas de una vida que no requiere de fronteras. El racismo es primo hermano de un familiarismo incestuoso que la hacienda y la religión consagró como modo de vivir sin cambios, sin juicios, sin verdadero deseo. No voy a detenerme en cuanto de esa incestualidad es parte de nuestras actuales perversiones en la vida política *chilensis*.

Leída en esta clave subjetiva diversa, la marca de la piel, del cuerpo del otro, no es más que la proyección de un intento por expurgar la diferencia que el deseo –sexual, para decirlo con todas sus letras– instala en nuestras subjetividades. Deseo que es materia, movimiento, cuerpo, no Ideal.

Pienso que la triste clasificación del otro, armada con un desprecio que esconde nuestras propias incertidumbres y ambigüedades, concierne mucho más a sujetos devenidos objetos y cosas, que al color de una piel negativizada doblemente. Nos alcanza a todos en este mundo, y en este pequeño país de fronteras insulares.

Racismo, clasismo, fascismo, no son sino las expresiones diversas de una geografía histórica. Las mentalidades no hacen más que traducir, en clave singular, lo que un largo territorio dibuja en su longitud litoral. Por eso es tan difícil, tan vano, intentar transformar nuestras mentalidades, cuando esa transformación se encuentra ya secuestrada de antemano por una memoria, una historia que no ha alcanzado a escribirse todavía.

Si se trata de investigar –un proyecto de investigación ha hecho posible este Coloquio– valdría la pena, en una continuidad a realizar en el tiempo, investigar nuestras propias investigaciones. Tal vez encontraríamos que, más allá de nuestras fronteras disciplinares, un amplio continente espera ser dibujado de nuevo. Recorriéndolo, más que representando sus inquietudes o sus deseos de conocerlos más. Para ello, aprendamos a hacer geografía, geología, arquitectura, estética y escritura. En el mejor de los casos, veríamos entonces que el racismo es más la terrible desaparición de un continente que la representación de una violencia sin nombre aún.

## Referencias

- Aceituno, R. (2010). Tener lugar. En Aceituno, R. (comp.). *Espacios de Tiempo. Clínica de lo Traumático y Procesos de Simbolización* (pp. 69-81). Santiago: Ed. Departamento de Psicología, Universidad de Chile.